

TORRES, OSVALDO
Democracia y Lucha Armada. MIR y MNL-Tupamaros

Pehuén
Santiago de Chile, 2012
300 pp. / ISBN: 978-956-16-0560-2

Rodrigo Larraín Contador¹
Universidad Central de Chile
Santiago, Chile
rlarrainc@ucentral.cl

He leído con interés porque, como el autor indica, la historia sobre el Chile contemporáneo no entendió el fenómeno de la izquierda revolucionaria nacional y se contentó con reproducir frases esquemáticas que no daban cuenta de las causas de la aparición del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile — cuestión que respecto de los Tupamaros en Uruguay fue más matizada— atribuyéndola al voluntarismo juvenil de mediados de los sesenta y a una especie de encanto irreflexivo desencadenado por la Revolución cubana. En esto este libro es un aporte significativo.

Respondiendo a la historia vulgar, Torres argumenta bastante bien que la aparición de los movimientos situados a la izquierda de la izquierda tradicional no surgieron por generación espontánea en la mente de algunos pocos iluminados. Al contrario, se debieron a las condiciones estructurales que vivía América Latina,

¹ Es licenciado en Sociología y Educación, titulado en la Universidad de Chile; diplomado en Estudios Avanzados (DEA) de la Universidad de Granada (España) y magíster en Ciencias Sociales, mención Sociología de ILADES/Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Es coeditor de la Revista Central de Sociología de la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Chile y Doctor (HC) en Divinidades, del Seminario Teológico Doctor Willis Hoover. Dicta la cátedra Teoría Sociológica en la Escuela de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales en la Universidad Central de Chile.

especialmente Uruguay y Chile. Se trataba de lo que se denomina el agotamiento de los “estados de compromiso” y la búsqueda de alternativas que permitieran la incorporación de los marginales, el mejoramiento profundo de la justicia social. En paralelo, insensiblemente se aceptó la crisis del Estado de bienestar, al comienzo celebrado por una izquierda que vio en término las posibilidades de profundización del conflicto clasista y, por ello, una brecha para la superación del capitalismo reformista que ese Estado benefactor implicaba, es decir, el capitalismo de la socialdemocracia. Pero, también, otros vieron en la crisis de ese Estado la oportunidad de la refundación capitalista, y que es el modelo que hoy nos rige.

Las razones de por qué surge la izquierda revolucionaria en América suelen ser casi porque un grupo de jóvenes voluntaristamente decidió, ajeno a cuestiones estructurales, crearla. La verdad es que estas explicaciones —aparte de simplistas— son malintencionadas, pues pretenden hacer de los seguidores de esta izquierda unos necios que se sumaron a las divagaciones de adolescentes irresponsables y sin criterio político. Efectivamente, esta izquierda nace debido a consideraciones reales, como la Guerra Fría, la transacción de la Izquierda tradicional al modelo de dominación, la alineación de las sociedades latinoamericanas a la política exterior de Estados Unidos (EE.UU.), etcétera. Ciertamente estas explicaciones son parciales. La Guerra Fría parte poco después de 1945, los tratados de asistencia recíproca militar entre EE.UU. y los países latinoamericanos son de 1947, y la Organización de los Estados Americanos (OEA) nace en 1948, es decir, bastante antes de la fundación del MIR. Hay otras variables que también pesan y son de carácter cultural, más precisamente simbólicas, por ejemplo la importancia de los intelectuales en Europa, especialmente en Francia, y la revitalización del marxismo, un nuevo marxismo, la aparición de las publicaciones de los teóricos críticos, como Marcuse y Fromm, que fueron *bestsellers* y que estudiaron los nuevos desafíos de la clase obrera, la juventud y la cultura moderna. O sea, una sociología y una antropología que desbordaba las teorías y prácticas académicas hasta ese entonces; las guerras de liberación en África y Asia contribuyeron a redimensionar la noción de imperialismo y proveyeron argumentos interesantes recibidos por una juventud que, a diferencia de las anteriores, ocupó un rol predominante a no plegarse dócilmente a los patrones sociopolíticos y culturales dominantes en Occidente.

Es decir, el MIR no habría sido sin estos elementos, particularmente el juvenil, que le aportó a la nueva izquierda y a su versión chilena un tono de irreverencia. En eso, el MIR sin querer queriendo sintonizó bien con las protestas universitarias y el hipismo; y no estoy diciendo que tuvieran convergencia de fines, solo que son la expresión de unos jóvenes con afán de protagonismo basados en una ética de alguna clase, en el caso del MIR, una ética política a veces puritana.

El libro vale como una historia del MIR, del que hay poco aparte del texto que ha devenido en clásico y que escribiera Carlos Sandoval (1990: *MIR. Una Historia*, Santiago, Trabajadores). Historiar al MIR es una opción entre elaborarla a partir de las propias experiencias o hacerlo desde los textos (libros, manifiestos, periódicos, panfletos u otros) muy desiguales entre sí. La alternativa es el memo-

rialismo (como lo hace Enérico García, 2010: *Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno*, Santiago, Cuarto Propio). Osvaldo Torres elige una línea algo institucional, los textos oficiales sostienen el desarrollo de su obra. Pero no hay que olvidar que el MIR era, sobre todo, una experiencia de vida, al movimiento se llegaba por amistad, por algún imperativo moral, por una cuestión casi de estética. Nadie llegó, creo, por la lectura de los documentos fundacionales y su aceptación racional. Por otra parte, la proveniencia ideológica y militancias anteriores eran heterogéneas hasta casi el infinito: socialistas, comunistas, trotskistas varios, anarquistas, radicales, demócratacristianos, católicos, evangélicos, masones y un extenso etcétera. Hubo religiosas, sacerdotes, pastores, oficiales de logias masónicas, profesionales, pobladores, alguna gente muy mayor que eran abuelos de militantes, dueñas de casa, obreros, campesinos, indígenas, pequeños empresarios, marginales de todas las especies y muchos, muchísimos estudiantes secundarios y universitarios. No obstante, esa multiplicidad de orígenes cristalizó en el mirismo, una cultura mirista viva hasta hoy, que no tiene más sustento que esa mítica militancia y que sobrevive a pesar de diferencias insalvables en otros planos. De no haber sido por esa pertenencia que exigía mucho tiempo, compromiso y sacrificio, una entrega fuera de lo común, la frase de Miguel Enríquez luego del Golpe: “El MIR no se asila”, hubiera sido absurda.

Ciertamente el Movimiento de Liberación Nacional (MNL) y el MIR tienen trayectoria epocales paralelas, pero lo cierto es que la organización chilena no pudo, o no supo, adecuarse a los nuevos tiempos. Osvaldo Torres va construyendo su explicación exponiendo la historia de ambas organizaciones y sus aparentes afinidades. El MNL-Tupamaros tiene una dirigencia juvenil como el MIR, pero hay un componente proletario mayor en la cúpula dirigente. No estoy sosteniendo que el proletariado tenga cualidades sobresalientes, pero Uruguay es un país más homogéneo, más urbano y más pequeño (un campesino mapuche mirista está más lejos, culturalmente hablando, de un estudiante de medicina de clase alta de Viña del Mar, por ejemplo), es decir, más proclive al foquismo ciudadano que a la típica guerrilla campesina guevarista. Otro componente semejante es que la concepción política de ambos, que subraya el autor del texto en comentario, tiene divergencias importantes, los tupamaros son aliancistas hasta el extremo; incluso hoy, el MIR desahució temprano aliarse con otros segmentos de la izquierda y el resto de la izquierda, hegemónizada por el Partido Comunista (PC), descartó pactar con él (tardíamente, la Izquierda Cristiana hace alianza con el MIR para las elecciones parlamentarias de 1973 y para las federaciones estudiantiles y sindicales).

¿Por qué el MIR se extinguió? Durante mucho tiempo sostuve que para el Golpe, el MIR tenía solamente ocho años de vida, un partido muy joven, conducido por jóvenes y, por lo mismo, sin los vínculos internacionales necesarios —Cuba, el vínculo principal— y con una experiencia inexistente. A ello debe sumársele una práctica llena de subjetividad ideológica. Pero la verdad es que el MIR real es el que comienza con el Secretariado General de Miguel Enríquez, esto es, en diciembre de 1967 durante el III Congreso. Pero en la práctica, la organización del MIR data recién de 1969. Ese es el año de mayor auge de militantes, aspirantes

y simpatizantes del movimiento, de mayor penetración en el mundo sindical, de ampliación del frente estudiantil, de la consolidación de los frentes de masas de trabajadores, de campesinos, de pobladores. Es una época en que los documentos fundacionales tal vez no son conocidos por la militancia (además tenían una redacción algo añeja en el lenguaje marxista típico, sobresaliente, por lo heterodoxo, es el punto VI de la Declaración de Principios). La declaración de principios aludida es un texto herético para sus tiempos. Por ejemplo, acepta que el proletariado sea la clase de vanguardia, pero le da un rol en tanto debe atraer a los campesinos, técnicos, intelectuales y clase media para la causa revolucionaria. Ello es salirse de la canónica tradicional. Hay unas referencias a la mundialización del imperialismo y de los procesos revolucionarios, o sea, lo contrario a un socialismo en un solo país. Pero el defecto del análisis radica en haber desvalorizado la democracia burguesa, la reforma del capitalismo y la satanización de una burguesía que siempre permanece indefinida y, por lo mismo, con contornos imprecisos. Pero Osvaldo recuerda algo fundamental, la falta de reflexión teórica de la realidad chilena:

“Lo que los tupamaros fueron capaces de ver ya desde el año 82, cuando inician su reorganización en Uruguay, luego de darle el apoyo al Frente Amplio en 1984 y en el debate de su refundación en 1985, en el MIR, a causa del débil instrumental teórico, la delgadez de la capacidad reflexiva y la deteriorada convivencia ante los costos de sus políticas, condujo a la división” (p. 230).

Yo agregaría que hubo una tendencia a la reflexión esquemática, mecánica tal vez, que hizo que el análisis empezara a parecerse demasiado al que efectuaba el PC de la época y, como era un periodo de exterminio, importó más la seguridad que la formación intelectual. Es cierto que pasar de simpatizante a aspirante requería, aparte del compromiso, un esfuerzo intelectual, lo mismo para llegar a ser militante. Más aún, los militantes tenían que dedicar bastante tiempo a leer la situación política nacional (SIPONA) y otros textos heterodoxos: Trotsky, Luxemburgo, Gramsci, Fanon, Marcuse, Guevara, Marighella. Pero también era cierto que las exigencias para llegar a ser militante variaban según el lugar. Y fracasamos.

Las diferencias entre ambos movimientos revolucionarios, bastante similares en muchas dimensiones, radican también en la fecha. En 1980 la dictadura uruguaya pierde el plebiscito que pretendía aprobar una Constitución, los acontecimientos se precipitan y, aunque los tupamaros fueron excluidos, no se tairaron y fueron a las elecciones votando por otros partidos ya que se abría una apertura de democracia. La gran discusión interna en el MNL, dentro de la cárcel incluso, desembocó en su integración al Frente Amplio, con la oposición o bloqueo del PC uruguayo y la Democracia Cristiana de ese país. Los tupamaros fueron capaces de darle sentido político a los movimientos protestatarios de la sociedad y avanzar en la comprensión de los tiempos en que se vivía. El rol de Raúl Sendic en el debate es relevante: “La sociedad industrial es cosa del pasado y, por tanto, la superación

del proletariado como fuerza motriz de la revolución era inevitable” (p. 202), también es importante el desacoplamiento del MNL de Cuba, lo que demuestra el distanciamiento de la ortodoxia marxista leninista (p. 204). Por último, se debe destacar la revalorización de la democracia y una relectura del rol que jugó la socialdemocracia. Todo lo contrario del MIR-CM, que ya casi sin militantes se oponía a cualquier concesión por una ortodoxia que era más obcecación que posición política. Pero, para ser justos, hay que recordar que la reconstitución de los tupamaros, como actores de la escena política uruguaya, ocurrió antes de la implosión de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y el desmoronamiento de los así llamados “socialismo reales”, cuyos efectos impactaron incluso a las organizaciones de izquierda antisoviéticas. Ello daría para una investigación: por qué las izquierdas no tradicionales —como la socialdemocracia y las izquierdas revolucionarias— se debilitaron o colapsaron. El fracaso de los restos del MIR coincide con esta fecha de 1989.

En verdad, la comparación permite delinear mejor a ambos movimientos. Parece ser un recurso mirista, ya que Sebastián Leiva lo hizo comparando el MIR con el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y su estructura militar, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) argentino (2010: *Revolución socialista y poder popular. Los casos del MIR y el PRT-ERP, 1970-1976*). Otra tarea comparativa queda pendiente: la que podría haber entre estas izquierdas alternativas y la izquierda revolucionaria, es decir, tratar de establecer alguna clase de continuidad o discontinuidad entre cuestiones de estilo de compromiso, como por ejemplo: tener militancia o ser inorgánico, tener representantes o ser asambleario, ser combatientes o ser quejumbrosos, tener una compañera sentimental e hijos o rehuir el compromiso y postergar la paternidad, valorar el trabajo o ser un ventajero que se justifica, comprometer la vida por los cambios profundos o girar en torno al giro lingüístico. En definitiva, creer —como dice Habermas— en una modernidad como proyecto inacabado o creer en un posmodernismo difuso o amorfo, en que todo puede ser para no ser nada.

Como se podrá ver, es un libro que suscita interrogantes y desafíos intelectuales. Vale la pena leerlo atentamente, por el esfuerzo de precisión que hace, porque pone un contexto muy adecuado para comprender a ambos movimientos y porque escribe una historia seria y bien fundada.